

EDITORIAL

"Corresponde al Congreso... la promoción de los valores democráticos y la igualdad de oportunidades y posibilidades sin discriminación alguna;... que garanticen los principios de gratuidad y equidad de la educación pública estatal y la autonomía y autarquía de las universidades nacionales..."

art. 75, inc. 19, CONSTITUCIÓN NACIONAL.

Desde hace un tiempo a esta parte, cualquier tensión nos es presentada como un desarreglo semántico respecto del cual sólo resta establecer un acuerdo lingüístico más versátil. Esta habilidad negociada resulta imprescindible (nos explican), ya que la eficiencia implica, necesariamente, la neutralización del conflicto.

La actividad académica no escapa, lamentablemente, a un discurso tan empobrecido y menos aún al miserable entuerto semiológico que supone.

Con cinismo intolerable se diluye el diálogo: nadie niega que la enseñanza superior deba ser autónoma (nos tranquilizan) pero existen diferencias (nos subestima la precariedad del argumento) en el contenido referencial que unos y otros asignamos al término.

El problema así planteado se enerva, y resulta soluble mediante una nueva convención nominal. Como conclusión sombría, la garantía de la libre determinación académica, cuestión que alguna vez creímos agotada, vuelve a ser legítimamente objeto de transacciones.

La inocua identidad universitaria que propone la Ley de Educación Superior, posibilita a las Facultades dejar de lado algunos principios que tradicionalmente caracterizaron a la

enseñanza pública, al mismo tiempo que somete la evaluación institucional y la acreditación de las carreras de post-grado y de algunas carreras de grado al control de los mecanismos de regulación del gobierno.

En idéntico contexto, una inquietante involución al pasado más terrible ha desterrado ciertas lecturas inconvenientes de los planes de estudio del nivel pre-universitario.

Por fortuna, y a pesar de la homogeneidad anhelada, el conocimiento científico seguirá nutriéndose, esencialmente, con el disenso, el respeto a la crítica y el libre juego de las opiniones adversas.

En esta inteligencia elemental confiamos. _

En ella, intentamos mantener este espacio.